

MARTES 4 AGOSTO

1. Primera charla: El sacerdocio de Cristo – Eb 5, 1-10; 6, 19-20

Después de nuestras reflexiones sobre el capítulo 14 del Génesis y sobre el Sal 110, hoy vamos a meditar dos pasajes de la Carta a los Hebreos. Sin entrar en una específica introducción a este libro del Nuevo Testamento, sería suficiente saber que se trata de una larga homilía, de la cual se desconoce el autor. Los estudiosos atribuyen, sin embargo, una paternidad relacionada con el círculo de Pablo (para algunos Bernabé, Silas, Aristion o Apolo). Analizando los trece capítulos que la componen, se puede ver pronto la falta de la clásica estructura de las cartas paulinas. Se puede ver más bien el desarrollo de un lenguaje hablado, con referencias a la oratoria. Parece casi que en esta carta hay dos líneas: una doctrinal, centrada sobre el sacerdocio de Cristo, otra de exhortación sobre el tema de la fe, como respuesta a la mediación sacerdotal de Cristo.

Para nuestra meditación, escogimos un pasaje que trata del capítulo 5 y algunos versículos de capítulo 6.

¹ Todo sumo sacerdote es tomado de entre los hombres y los representa en las cosas de Dios; por eso ofrece dones y sacrificios por el pecado. ² Es capaz de comprender a los ignorantes y a los extraviados, pues también lleva el peso de su propia debilidad; ³ por esta razón debe ofrecer sacrificios por sus propios pecados al igual que por los del pueblo. ⁴ Nadie se apropiá esta dignidad, sino que debe ser llamado por Dios, como lo fue Aarón. ⁵ Y tampoco Cristo se atribuyó la dignidad de sumo sacerdote, sino que se la otorgó aquel que dice: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. ⁶ Y en otro lugar se dijo: Tú eres sacerdote para siempre a semejanza de Melquisedec. ⁷ En los días de su vida mortal presentó ruegos y súplicas a aquel que podía salvarlo de la muerte; éste fue su sacrificio, con grandes clamores y lágrimas, y fue escuchado por su actitud reverente. ⁸ Aunque era Hijo, aprendió en su pasión lo que es obedecer. ⁹ Y ahora, llegado a su perfección, trae la salvación eterna para todos los que le obedecen, ¹⁰ conforme a la misión que recibió de Dios: sacerdote a semejanza de Melquisedec.

^{6,19} Esta es nuestra ancla espiritual, segura y firme, que se fijó más allá de la cortina del Templo, en el santuario mismo. ²⁰ Allí entró Jesús para abrirnos el camino, hecho sumo sacerdote para siempre a semejanza de Melquisedec.

Es claro que es un pasaje muy denso de contenido teológico y espiritual y para entenderlo bien tenemos que hacer una breve referencia a los elementos de la argumentación precedente. Para definir el significado del sacerdocio de Cristo, al capítulo 2, el autor ofrece dos cualidades de esto: Jesús tenía que ser “*el sumo sacerdote lleno de comprensión, pero también fiel en el servicio de Dios*” (Eb 2, 17). Estas son las dos direcciones de la identidad y misión de Cristo: ser comprensivo con los hombres y “fiel”, en el sentido de ser digno de fe; hay un elemento de humildad y uno de gloria. En los capítulos posteriores, en particular en 3,1-4,14, el autor desarrolla el tema del ser digno de fe, en cambio en 4,15-5,10, el habla más difusamente de su ser misericordiosos.

El pasaje que estamos meditando después de la exhortación de 4,16: “*Por lo tanto, acerquémonos con plena confianza a la sede de la gracia, a fin de obtener misericordia y hallar la gracia del auxilio oportuno*”, ofrece una profunda exposición doctrinal, para explicar el sentido de esta misericordia.

Al versículo 1 del capítulo 5, en el texto griego se encuentra la palabra “gar”, para indicar como lo que esta después es una explicación del versículo anterior. El autor empieza hablando del sacerdocio y del sumo sacerdocio en general. Es claro que él se está refiriendo al Antiguo Testamento, en modo particular a la segunda línea del sacerdocio, la de Levi. El, empezando por aquí, ofrece algunas novedades. El sacerdocio levítico fue instituido solo para el servicio a Dios, como se puede leer en Éxodo: “*Pide a tu hermano Aarón que se acerque a ti con sus hijos Nadab y Abihú, Eleazar e Itamar; sepáralos de los otros hijos de Israel para que sean mis sacerdotes*” (Ex 28,1: cfr. también Ex 29,1). En este pasaje, sin embargo, el autor afirma que el sacerdote “*es tomado de entre los hombres y los representa (yper anthropon) en las cosas de Dios (tà pros ton Theon)*”. La perspectiva humana y divina están juntas en la descripción del sacerdote como auténtico mediador, abierto a las dos relaciones, la con Dios y la con los hombres. Otra novedad, después, en confronto con la línea del Antiguo Testamento es la expresión inicial: el es tomado de entre los hombres. No esta excogito por su afiliación a los hijos de Israel o a la tribu de Levi, sino se habla de una generación indeterminada, nueva, independiente da los enlaces de la carne y de la afiliación. El Card. Vanoye escribe:

“*La indeterminación de la definición obviamente prepara su aplicación a Jesucristo y su mediación universal: Jesucristo no tiene un origen levítico; su consagración no se basa en una consagración ritual sino en una transformación existencial y lo convierte en sacerdote "para hombres", sin ninguna limitación*” (Nuestra traducción de A. VANHOYE, *Gesù Cristo il Mediatore nella lettera agli Ebrei*, Cittadella, Assisi, 2007, p. 116).

En el mismo versículo el autor explica la motivación del sacerdocio: ofrecer dones y sacrificios para los pecados. Dando y presentando a Dios algo de precioso y agradable, el pecado, que es ofensa a Dios y rotura de la Alianza con El, puede ser reparado.

Siguiendo en la descripción sobre la identidad del sacerdote, al versículo 2 se habla de su “*capacidad de comprender*” (en griego *metropathein*), que indica como él puede estar en medio comprendiendo, eso es “teniendo sentimientos moderados” hacia los sufrimientos de los demás, específicamente de los que no saben (ignorantes) y de los que se pierden (extraviados). Ser hecho “de la misma pasta” permite al sacerdote de estar en medio a los hermanos pecadores: ignorancia y desviación, como abandono del recto camino, son los elementos del pecado. Ignorancia, porque aún se puede pecar con conciencia, incluso aquellos que erran conscientemente no conocen los efectos reales del pecado. Cuando, por ejemplo, pensamos en nuestro corazón: “*dónde está el mal en esto... nadie me ve*”, se nos olvida que el pecado siempre tiene un efecto destructivo y desfigura la cara linda de la Iglesia. Se habla también de desviación: el pecado siempre es una salida del recto camino, de la ruta que guía a la vida y a la salvación. El verbo hebreo que se utiliza en el Antiguo Testamento para indicar la conversión es “*shub*”, que significa específicamente “volver”, que es ponerse de nuevo en el recto camino. ¿De donde llega, entonces, esta comprensión del sacerdote hacia los pecadores? La respuesta se encuentra en la palabra “debilidad” (*asthèneia*). El ser “de la misma pasta”, débil y frágil, pone al sacerdote en esta actitud de comprensión hacia las pequeñeces y pobrezas de los hombres. El sumo sacerdote del Antiguo Testamento, por ser pecador y frágil, antes de ofrecer sacrificios para el pueblo, tenía que ofrecer necesariamente para sí mismo y todo estaba declarado precisamente en el código levítico (cfr. Lv 9,7-8.12.15; Lv 16,6.11). Este honor y dignidad sacerdotal, entonces, como se lee en el versículo 4, no puede ser objeto de usurpación y humana ambición, pero ya como por Aron (el emblema del sacerdocio levítico), solamente puede ser fruto de una llamada divina. Sobre eso cada uno de nosotros puede abrir una profunda reflexión: tanto el sacerdote, el religioso como el bautizado. Todo deriva de una llamada de Dios: ningún honor o dignidad, desde el bautismo hacia al sacerdocio, nunca puede ser objeto de ambición humana. La tentación de la ambición, de la autoafirmación, de la carrera a cada nivel y en cada circunstancia aleja de la verdad de las relaciones con Dios y con nuestros hermanos. Por eso hay que tener siempre en nuestra mente la expresión del versículo 1: *para los hombres*. El sacerdocio se puede decir también la relación privilegiada con Dios siempre es en beneficio de nuestros hermanos y nunca se puede entender como un trampolín para nuestra celebridad y afirmación. En cada acción, en cada programa y circunstancia somos invitados a verificar esta motivación que está en nosotros: ¿Para

quién hago esto? ¿Para mí mismo o para los hombres? ¿Quién me ha colocado en el lugar donde estoy? ¿Llegue aquí con los codos o se que Dios me ha llamado y me ha colocado aquí? Experimentar esta conciencia interior siempre nos libra, porque nos pone en una actitud de profunda humildad y confianza en Dios.

A este punto el autor llega al pasaje de las argumentaciones generales sobre el sumo sacerdocio de Cristo empezando de la teología del Antiguo Testamento y añadiendo aspectos originales. Como Aarón fue sumo sacerdote llamado por Dios, “*tampoco Cristo se atribuyó la dignidad de sumo sacerdote*” (v. 5). Dios, el Padre, es el sujeto de esa acción: el engendra a su Hijo desde la eternidad en el amor (cfr. Sal 2), por eso dice: “*Tú eres sacerdote para siempre, a la manera de Melquisedec*” (Sal 109, 4). El autor de la Carta a los Hebreos explica claramente que Dios Padre, engendró al Hijo *ab aeterno* (desde la eternidad), en el mismo tiempo lo hace sacerdote. Uno de los Padres de la Iglesia comenta:

“En la ley antigua, el primer sacerdote consagrado con el emblema de la unción fue Aarón. Sin embargo, no se dice "según la orden de Aarón", porque no se crea que el sacerdocio del Salvador también se le confirió por sucesión. El sacerdocio de Aarón fue transmitido por herencia, no así por el de Cristo, porque él mismo permanece eternamente sacerdote. De hecho, se dice: "Eres un sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec". Por lo tanto, el Salvador, según la carne, es rey y sacerdote. Sin embargo, la unción recibida por él no es material, sino espiritual. De hecho, aquellos que entre los israelitas fueron consagrados reyes y sacerdotes con la unción material del aceite, se convirtieron en reyes y sacerdotes, pero no ambas cosas juntas, sino que cada uno de ellos era rey o sacerdote. Solo Cristo tiene perfección y plenitud en todo, ya que había venido a cumplir la ley” (FAUSTINO LUCIFERIANO, *Sulla Trinità*, Nn. 30-40; CCL 69, 340-341).

Las dos líneas sacerdotiales del Antiguo Testamento ahora en Cristo se funden y llegan a su cumplimiento. Como Aarón, tampoco Cristo no se atribuyó por sí mismo esa dignidad, sino que más allá que Aarón, Cristo es sacerdote siempre y para siempre (no solo para el futuro, sino también desde la eternidad de la vida divina), según la línea de Melquisedec. La Palabra entonces pone el origen del sacerdocio de Jesús en el corazón de la Trinidad, demostrando la superioridad de eso en frente de todas otras manifestaciones sacerdotiales.

El versículo 7 tiene un papel central en la exposición doctrinal del pasaje que estamos meditando, porque explica otros elementos del sacerdocio de Cristo. En primer lugar hay que notar como en el texto original, diferentemente de lo que se puede ver en las diferentes traducciones, hay una proposición relativa directamente

conectada con lo que esta antes, a partir del versículo 5. Aquí se dice que Jesús llegó a su perfección sacerdotal “*en los días de su vida mortal*”, expresión que se refiere a la vida terrenal de Jesús, desde el momento de su encarnación en el vientre de la Virgen hasta su pasaje pascual, con particular referencia a su debilidad. Esta condición no deriva del pecado como la de los demás, sino del su ser hombre y haber asumido la totalidad de la naturaleza humana. Vanhoye afirma: “*La consagración ritual de Cristo no era ritual, sino existencial. El sacerdocio no le fue conferido por medio de los ritos prescritos por la ley de Moisés (Ex 29; Lv 8), sino por medio de un juicio dramático, que lo convirtió en un mediador*” (A. VANHOYE, op. cit., 125). En el versículo 7 se encuentra también el verbo de la ofrenda (*prospherein*), el mismo atribuido a Melquisedec en Gen 14,18 ahora se refiere a Cristo. Eso asume un sentido particular en referencia al objeto de la ofrenda: Jesús “*presentó ruegos y súplicas*”, nada de material, según la antigua concepción de la ofrenda sacerdotal, sino algo de personal y existencial, sus fuertes gritos y lágrimas. El contexto evidente es lo de su Pasión. Es eso el tiempo en que Jesús ofreció ruegos y suplicas, con gritos y lágrimas. Parece que el autor de la Carta a los Hebreos se refiere principalmente a la oración de Jesús en le Getsemaní (cfr. Mt 26,36-46 y paralelos), cuando su voluntad humana en la oración ha adherido en plenitud a la voluntad divina, con su sí definitivo al diseño de salvación del Padre. Reflexionando sobre el verdadero sentido de la oración, se ve como en esa el ruego y la ofrenda han de estar profundamente juntos. Pidiendo a Dios una gracia, entonces, hay que mostrar a El nuestra disponibilidad. No se puede exigir que El haga solamente según nuestras preguntas, sino abrirlnos a su voluntad, como hizo Jesús. En el mismo modo, cuando ofrecemos algo a Dios, tenemos que pedirle que santifique nuestra ofrenda, que enfunda su gracia y la transforme. Sin esto, la ofrenda sería sin valor. Comenta Vanhoye: “*nuestras ofrendas han sido hechas con actitud de súplica y nuestras suplicas con actitud de ofrenda*” (A. VANHOYE, *Acojamos a Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, Ejercicios espirituales con Benedicto XVI*, San Pablo, Madrid, 2010, p. 70).

Las peticiones de Jesús a su Padre, “*que podía salvarlo de la muerte*”, son escuchadas “*por su actitud reverente*” (*eulabeia*). A este punto hay que preguntar: ¿en aquel sentido Dios lo escuchó, si Él se murió? ¿Cómo lo salvo de la muerte? Según lo que dice Vanhoye se pueden considerar tres niveles de liberación de la muerte: evitar la muerte posponiéndola (como se lee en Isaías 38,5 por Ezequías), regresar en vida por un tiempo, esperando de morir definitivamente (como fue para Lázaro, cfr. Jn 11,43-44) o morir y vencer definitivamente sobre esa, como se pasó con la victoria pascual de Jesús en su resurrección (cfr. A. VANHOYE, op. cit., 128-129). Cristo, entonces, envenenado por la muerte, aparentemente derrotado, entrando profundamente en ella, “*la envenenó con vida*”, derrotando al enemigo de

la humanidad, el señor de la oscuridad! Por eso San Pablo puede cantar: “*¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?*” (1Cor 15,55) y la Apocalipsis nos recuerda: “*Después la Muerte y el Lugar de los muertos fueron arrojados al lago de fuego: este lago de fuego es la segunda muerte*” (Ap 20,14).

Leer la muerte de Jesús en esta prospectiva nos lleva a una visión diferente también nuestra vida: cuando parece que estamos cerca de sucumbir y sufrimos inexorablemente, es allí que Dios nos salva, abriendo caminos nuevos e inesperados y demostrando también como lo que por el mundo es una derrota, por Él es una victoria. Leer nuestra vida según la luz pascual, entonces, significa eso: saber que el veneno de la muerte, como para Cristo, también para nosotros tiene un tiempo limitado! Regresamos a la motivación para que Jesús fuera escuchado: el autor dice “*por su actitud reverente*” (*apò tes eulabeias*). Es una actitud profunda y espiritual, que se da a entender también como piedad o respecto religioso hacia Dios. En el tiempo de la prueba, Jesús no se rebela a la voluntad de Dios y, aun expreme su miedo y su angustia, al final se rinde a esa voluntad diciendo: “*no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú*” (Mt 26,39). También aquí se encuentra la misma actitud que fue de Jesús en el Getsemaní. Hay aquí una fuerte provocación también para nosotros: ¿Cuando estamos en la prueba, en dificultades, como de salud, de ministerio, de vocación, de relación, cual es nuestra actitud espiritual? Quizás, humanamente somos tentados de rebelión hacia Dios. Jesús, sin embargo, con su Pasión nos enseña que, aun abriendo su corazón a Dios, a Quien también nosotros podemos preguntarnos “porque”, al final somos llamados a tener la misma actitud de verdadera piedad y respecto religioso, como quien acepta la soberana voluntad de Dios, aun no puede comprender todo. Nos ayuden las palabras de San Pablo: “*Ahora vemos como en un espejo, confusamente; después veremos cara a cara. Ahora conozco todo imperfectamente; después conoceré como Dios me conoce a mí.*” (1Cor 13,12).

La densidad de este pasaje sigue al versículo 8, donde se dice que Jesús aprendió en sus sufrimientos lo que es obedecer. Es evidente que el autor de la Carta a los Hebreos se inspire a algo más allá a la misma Escritura. Era típico de la cultura griega antigua subrayar la íntima relación entre el sufrir y el recibir instrucción, aprender. Era muy importante el binomio *pathein-mathein*, típico de la tragedia griega. A eso hay también que añadir la concepción bíblica que Dios mismo permite pruebas dolorosas para ser conocido, o para hacer caminar adelante sus hijos y donar a ellos una relación más pura con El, como se pasó a Job. Para Jesus, en su Pasión, se encuentra una verdadera transformación, en que él puede aprender la obediencia. Comentando esta obediencia, el Papa emérito dice:

“Es una palabra que no nos gusta. En nuestro tiempo la obediencia parece una alienación, una actitud servil. Uno no usa su libertad, su libertad se somete a otra voluntad; por lo tanto, uno ya no es libre, sino que está determinado por otro, mientras que la autodeterminación, la emancipación sería la verdadera existencia humana. En lugar de la palabra “obediencia”, nosotros queremos como palabra clave antropológica la de “libertad”. Pero considerando de cerca este problema, vemos que las dos cosas van juntas: la obediencia de Cristo es conformidad de su voluntad con la voluntad del Padre; es llevar la voluntad humana a la voluntad divina, a la conformación de nuestra voluntad con la voluntad de Dios.” (BENEDICTO XVI, Encuentro con el clero de Roma, 18 febrero 2010).

¡Qué lectura linda de nuestra virtud y de nuestro voto de obediencia! ¡Si la leemos así, obedecer es la forma más alta del ejercicio de nuestra libertad! Si vemos la obediencia así, esa no se entiende como algo que nos bloquea, sino como un yugo ligero y suave, como lo dice Jesús, que Él mismo nos invita a tomar sobre nosotros (Cfr. Mt 11, 29). Es como dejar que Él nos guie, como anunció a Pedro después de su triple confesión en el final del Evangelio de San Juan: “cuando eras joven tú mismo te vestías e ibas a donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus brazos, y otro te atará y te llevará a donde no quieras” (Jn 21,18). Solamente si aprendemos en los sufrimientos, podemos llegar a esta madurez de fe, así que nos dejaremos guiar por Cristo donde Él quiere, para ser verdaderamente libres en la adhesión llena a su diseño sobre nosotros. Les quiero recordar, sobre este asunto, una linda expresión de Madre Chuy: “En la obediencia hay que fijarse en tres cosas: prontitud, sencillez y alegría”.

Sobre la obediencia de Jesús, siguiendo el Card. Vanhoye, hay que clarificar que:

“Desde su entrada en el mundo, (Jesus) se encontró en una disposición preliminar de docilidad, pero aún tenía que aprender la obediencia a través de sus sufrimientos, porque hay una diferencia real entre una disposición inicial y una virtud comprobada. Es solo gracias a la prueba dolorosa que la disposición del principio penetra todas las fibras de la naturaleza humana. Si se mantiene la disposición de la docilidad amorosa a Dios en la prueba, la prueba obtiene una transformación positiva” (A. VANOHYE, op. cit., 133).

Siguiendo con nuestra reflexión, en el versículo 9, se encuentra una expresión muy importante y densa “*teleiothèsis*”. Es un participio pasivo, que en el lenguaje exegético es llamado “pasivo teológico”, para subrayar que el sujeto de tal acción es Dios mismo. Cuando se dice que Jesús ha “llegado a su perfección”, el autor quiere

decirnos que es “consagrado sacerdote”. Esta palabra es también utilizada en el Antiguo Testamento para indicar la consagración del sumo sacerdote (Ex 29,9.29.33.35; Lv 4,5; 8,33; 16,32; 21,10; Nm 3,3), pero es también importante recordar que este mismo verbo es utilizado por Juan y puesto sobre la boca de Jesús cuando El está sobre la Cruz (cfr. Jn 19,30). Entonces aquí hay una evidencia de que la consagración de Jesús como sumo sacerdote de la Nueva y Eterna Alianza fue hecha en la hora suprema de la Cruz. La perfección del sacerdocio no puede ser dividida da la ofrenda total de Jesús sobre la Cruz y seguir las huellas de Cristo nos hace entrar en el misterio de su eterna salvación. Siguiendo a Cristo en su obediencia al Padre, haciendo adherir nuestra voluntad a la suya, vamos a recibir en don una vida sin término, la eternidad. Así, entonces, se cumple en plenitud la obra sacerdotal de Jesús, dándonos la posibilidad de entrar en la verdadera vida, en aquella relación cumplida con el Padre, que es la vida eterna.

En el versículo 10, como en un estribillo, el autor se refiere de nuevo a la proclamación de Cristo como sumo sacerdote de manera de Melquisedec. Es evidente como estamos en el centro de la argumentación. El autor subraya que el sacerdocio de Cristo es una novedad en frente de lo de Aarón. Eso no tiene alguna afiliación carnal o generacional, sino una directa vocación divina. Eso se conecta con la línea de Melquisedec y, como veremos después, es el cumplimiento de la prefiguración del sacerdote Rey de Salem en el libro del Génesis.

Para completar nuestra reflexión sobre Eb 5,1-10, vamos a leer las expresiones finales de 6,19-20. Esas expresiones parecen como un eco de los versículos finales del capítulo 5. Al versículo 19 el autor se refiere a la esperanza en la promesa de Jesús. Él se refiere de nuevo a la vida eterna, que nutre la esperanza del creyente. En virtud del sacrificio de Cristo, El abrió un pasaje nuevo para la humanidad hasta la intimidad de Dios. La imagen es la de la ancla, muy querida a los primeros cristianos, como en referencia a este pasaje de la Carta a los Hebreos. En los tiempos de persecución no se podía utilizar abiertamente el símbolo de la cruz, a menudo se utilizaba el ancla para representar en modo velado el signo de nuestra salvación, la cruz de Cristo. Eso, sin embargo, es símbolo de la virtud de esperanza. Benedicto XVI en su encíclica *Spe Salvi* afirma:

“Cristo ha descendido al « infierno » y así está cerca de quien ha sido arrojado allí, transformando por medio de Él las tinieblas en luz. El sufrimiento y los tormentos son terribles y casi insoportables. Sin embargo, ha surgido la estrella de la esperanza, el ancla del corazón llega hasta el trono de Dios. No se desata el mal en el hombre, sino que vence la luz: el sufrimiento –sin dejar de ser sufrimiento– se convierte a pesar de todo en canto de alabanza” (*Spe Salvi*, 37)

Esto ancla de salvación, entonces, nos introduce y nos atrae a la plenitud de vida en la eternidad de Dios, el lugar indicado como “*más allá de la cortina del Templo*”, es una referencia clara al *Sancta Sanctorum* del templo de Jerusalén, donde el Sumo Sacerdote podía entrar solamente una vez al año, en la fiesta del *Yom Kippur*, la de la expiación (cfr. Ex 30,10). En Jesús, verdadero sumo sacerdote, esta conexión con la presencia de Dios, de que es símbolo la parte más interior del santuario, más allá de la cortina, es ahora segura y salda. El sacerdocio eterno a la manera de Melquisedec es la fuente. Como se lee en el versículo 20, es para nosotros “*quien nos abre el camino*” (*prodromos*), porque anticipa y prepara lo que nosotros vamos a vivir y a heredar. A este punto, contemplando la sublimidad del sacerdocio de Jesús, hay que preguntarnos: ¿tenemos conciencia que en El hay una promesa estable de esperanza? ¿Es esta eternidad con El para siempre el sentido de nuestra vida, de nuestra consagración y nuestro apostolado? ¿Es Jesús mi ancla, estable y salda, que me lleva a la intimidad con el Padre? ¿Mis intenciones interiores están inmersas en esta luz inmutable o están todavía frágiles y vacilantes? ¿Estoy convencido de que aún estoy en aguas agitadas a causa de situaciones adversas en mi vida, por mi culpa o también sin culpa, en El puedo encontrar mi única y verdadera estabilidad? Otra imagen puede ayudarnos: la del sabio que construye su casa sobre la roca y aún que se lleve la tormenta la casa esta. En contrario, la que está construida sobre la arena, cuando llega la tormenta puede colapsar miseramente (cfr. Mt 7,24-27; Lc 6,46-49).